

Hablar de actores

Hablar de los viciosos, empedernidos del teatro, de los verdaderos actores, de ese ejército que deambula por el significado de los textos, los ensayos, la ilusión y la desilusión, y que disfrutan el dolor de la noche en las calles con los parlamentos subrayados debajo del brazo o con la mente ausente balbuceando todavía el eco de las palabras que sólo llegan a ser en el escenario, es hablar aforísticamente de los que tienen prisa, que andan de un lado a otro, que tienen fijas las miradas en el asombro de su voluntad de poder, es hablar de la arrogancia de unos santos que una y otra vez gritan, representan, lloran, vociferan para seguir afirmando una idea de lo que podría ser —de lo que es— la repoblación de la tierra por personajes fantasmáticos cuya existencia llega a su límite en el cuerpo del actor.

¿Han visto de cerca los ojos de los actores aturridos por la intensidad al terminar una función? Están iluminados de una extraña luz. Han llegado a la otra orilla, la que no existe por que no resistieron a la tentación de remar la barca de Carón, después de la despiadada lucha personal con íntimas emociones. Son ojos que han recorrido, momentos antes y durante su paso en el escenario, el tiempo verdadero al hundirse en la oscuridad del pensamiento, colmada por la presencia de pronto abstracta de los espectadores, las luces, la utilería, el oleaje de respiraciones.